

BAJO EL VOLCÁN

El memorial a Motecuhzoma II en Amecameca

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN

A mi maestro Jeffrey R. Parsons

A los pies del Iztaccíhuatl, a una altitud de 2 590 msnm y a tan sólo 5 km al este del poblado de Amecameca, se encuentra un monumento prehispánico singular. Conocido popularmente como “la piedra del tirador” o “la piedra semilla de Tomacoco”, este monumento fue esculpido sobre una gran roca de andesita que quizás formaba parte de la morrena de un antiguo glaciar.

En 1972, Jeffrey R. Parsons y su experimentado equipo de arqueólogos recorrieron esta suave pendiente de superficie irregular, dedicada al pastoreo y la agricultura, y rodeada por un denso bosque de pinos y encinos. Allí se toparon con un enorme recinto ceremonial—hoy inexistente—al que dieron la clave “Ch-Az-47”. De acuerdo con su reporte, dicho recinto era un espacio triangular de 750 por 650 por 440 m, limitado por espesos muros de piedra de entre 50 y 100 cm de altura y unos 2 m de espesor. En su interior pudieron recuperar escasos fragmentos de cerámica azteca tardía y, cerca del vértice septentrional, hallaron la roca en cuestión, de unos 2.5 m de altura, 5 m de norte a sur y 3 m de este a oeste. En 1987, la astrónoma Lucrecia Maupomé añadiría a esta magra lista de vestigios un marcador teotihuacano que fue tallado a escasos 4 m al suroeste.

El monumento de Amecameca posee como uno de sus rasgos distintivos un con-



FOTO: BORIS DE SWAN / RAÍCES

El costado poniente del monumento de Amecameca en su estado actual. Dado su pésimo estado de conservación, es imperativo protegerlo de los agentes de deterioro naturales y humanos.

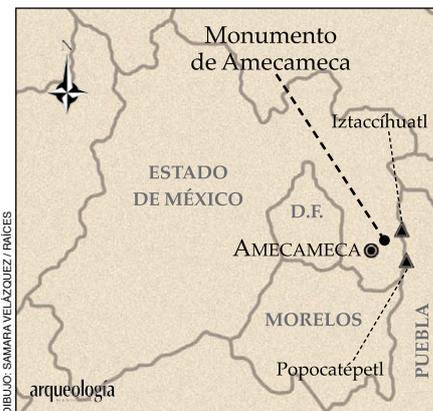
junto de seis escalones que fueron excavados en su costado sur, los cuales permiten acceder a la cara superior de la roca y realizar desde ese punto observaciones a 360 grados. El costado poniente, en contraste, es relativamente plano y está cubierto por una rica iconografía. Ahí podemos distinguir dos grupos de figuras talladas en bajorrelieve. El primero de ellos es una banda glífica que acusa la forma de una L acostada. Está dividida en 13 cartuchos rectangulares —cada uno de 38 cm por lado— que enmarcan los días de la primera treceña del *tonalpohualli* o calendario divinadorio de 260 días. Aunque algunos numerales y signos de día son hoy casi imperceptibles, es evidente que se trata de la serie que comienza con la fecha 1 *cipactli* y continúa con 2 *ebécatl*, 3 *calli*, 4 *cuetzpallin*, 5 *cóatl*, 6 *miquiztli*, 7 *máxatl*, 8 *tochtli*, 9 *atl*, 10 *itzcuintli*, 11 *ozomatli*, 12 *malinalli* y 13 *ácatl*. Dicha serie, dividida por chalchihuites, asciende numéricamente de izquierda a derecha y, a partir del recodo, de abajo hacia arriba.

El segundo grupo está integrado por una figura antropomorfa y dos zoomorfas, todas representadas de cuerpo completo, erguidas, de perfil y dirigiendo sus miradas hacia la derecha. Destaca la esquemática imagen de un hombre que luce un tocado geométrico y viste, quizás, un *xico-*

lli (chaleco ritual) y un *máxlatl* (bragüero). Aparece de pie y abriendo el compás de las piernas en actitud de caminar. Con su brazo izquierdo sujeta en alto lo que parece ser un *tlémailt*, el típico sahumador de cerámica en forma de cazoleta que era utilizado durante las ceremonias religiosas. Debajo de él se encuentra un brasero biconico de gran tamaño, decorado como los encontrados en el Templo Mayor con un gran moño en la cintura. Inmediatamente a la derecha fue esculpida la fecha 10 *tochtli*, compuesta por un simpático conejo de cuya boca emerge una vírgula de sonido y por 10 anillos que siguen un patrón de C invertida. La cuarta y última figura está muy borrada, pero podría representar a un mono araña. A partir de un cuidadoso análisis del relieve, así como de fotos y grabados antiguos, vislumbramos su silueta, tal vez dotada de un hocico alargado o de un pico que lo vincularía con Ehécatl-Quetzalcóatl.

TRAS EL SIGNIFICADO DE LOS RELIEVES

En la literatura especializada existen interpretaciones tan variadas como disímbolas acerca de las funciones del monumento de Amecameca, las cuales conviene repasar a continuación. Debemos la primera



noticia al capitán de dragones flamenco Guillermo Dupaix, quien visitó el paraje en 1806, en el contexto de la segunda real expedición anticuaría por tierras novohispanas. Como es sabido, lo acompañaba el dibujante toluqueño José Luciano Castañeda, autor de un dibujo imperfecto de la roca que muchos años después sería publicado en forma de litografía. Según Dupaix, el monumento hacía las veces de observatorio astral, en tanto que los relieves figuraban a una suerte de Galileo aborigen con su “tubo óptico”, además del símbolo astronómico del conejo y algunos signos celestiales “producto al parecer de lo observado”.

Para 1887, el historiador Alfredo Chavero incluyó en el primer volumen de *México a través de los siglos* una breve descripción de la roca y una sintética viñeta copiada de la litografía de Castañeda. Sin ofrecer muchas explicaciones, Chavero considera ahí que se trata de un monumento histórico que consigna la cronología nahua usada por los “chichimecas trogloditas” oriundos de la región. Mucho más elaboradas son las dos hipótesis dadas a conocer en 1931 por Enrique Juan Palacios, junto con una ilustración más o menos fidedigna debida a Luis Orellana. En la primera de ellas, el arqueólogo autodidacta plantea que los relieves podrían figurar a un personaje ofreciendo el humo aromático del copal a Tonacatecuhtli y Tonacáhuatl, deidades regentes de la primera treceña del *tonalpohualli*. En una hipótesis alternativa, propone que el monumento era tolteca y marcaba el amanecer en el solsticio de invierno; identifica al oferente con Quetzalcóatl —el creador del tiempo—, y expresa que la fecha 10 *tochtli* correspondería a 1294 d.C., año en el que coincidió la primera treceña



Litografía coloreada basada en un dibujo de Luciano Castañeda. Fue publicada en *Antiquités Mexicaines* en París en 1834, en el volumen sobre las expediciones de Guillermo Dupaix.

del *tonalpohualli* con dicho solsticio. Este fechamiento fue secundado por el alemán Walter Krickeberg en 1969, quien señaló que el relieve se remontaba efectivamente a 1294, o quizá mejor a 1295, cuando se dice que los *tecuanipán tlácab* ocuparon el territorio de Amecameca. Disintió, en cambio, H.B. Nicholson, al notar que el relieve era de estilo mixteca-poblano (al cual se adscribe el arte mexicana); como consecuencia, el sabio investigador dedujo que el *10 tochtli* correspondería a un momento mucho más tardío (1450 o 1502 d.C.) y rememoraría algún acontecimiento histórico de gran trascendencia.

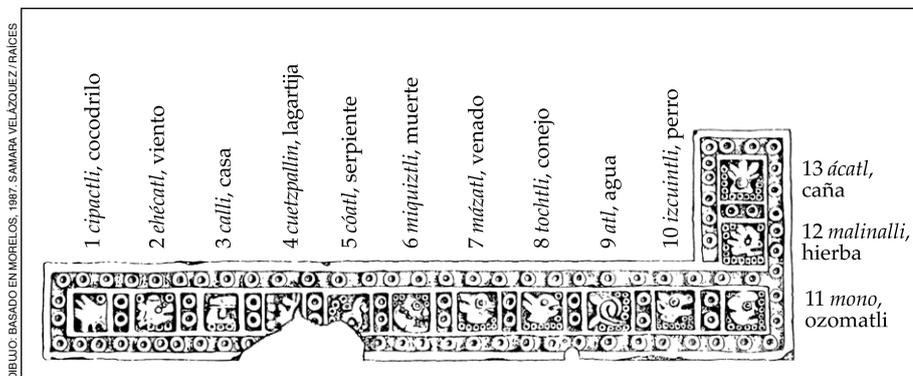
Laurette Séjourné dedicó varias páginas al estudio de este monumento que consideró del “más puro estilo azteca”. Lo confundió con la piedra sacrificial que mandó esculpir Motecuhzoma II, la cual dice la leyenda se hundió en un canal a la entrada de Tenochtitlan para regresar mágicamente a su yacimiento de origen en el sur de la cuenca. Además, leyó erróneamente la fecha como *13 tochtli*, lo que la llevó a atribuir el relieve al año de 1518 y a relacionarlo con el calendario venusino. Bajo esta lógica, la arqueóloga francesa identificó al personaje con el sahumador como Venus en su advocación de Tlahuizcalpantecuh-tli, en el momento de atacar con su cerbatana al Sol que restaura sus energías en el solsticio invernal. En el costado oeste del monumento, Séjourné quiso ver una “estropeada” efigie de Xipe Tótec, la cual estaría dirigida hacia la salida del Sol en el equinoccio de primavera, idea ésta con la que comulgó Maupomé.

En las últimas décadas se han publicado otras propuestas dignas de consideración. Mencionemos, por ejemplo, la de la

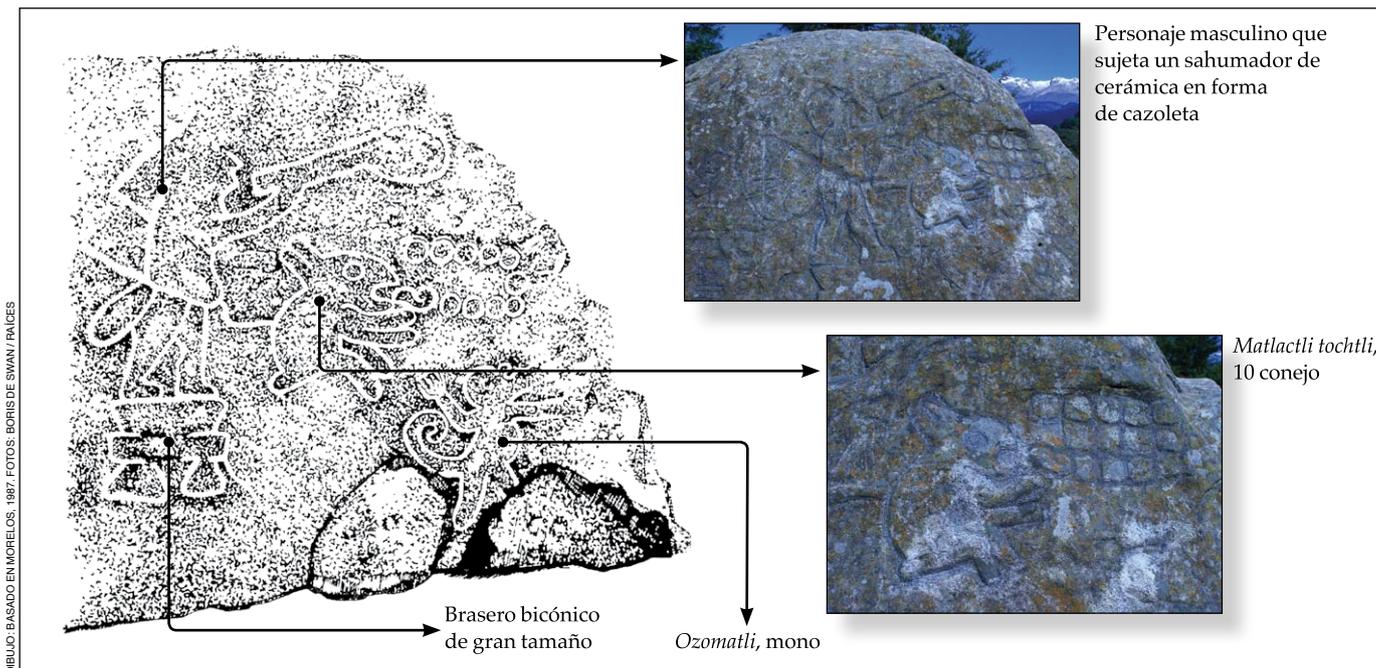
historiadora del arte Emily Umberger, quien observa en su tesis doctoral de 1981 que los relieves son de un estilo heterodoxo difícil de fechar; especula que pertenecerían quizás al reinado de Motecuhzoma I, específicamente al *1 conejo* que equivale a nuestro 1450 d.C. Rubén Morante coincide con tal adscripción temporal y llega a la conclusión de que el monumento evoca, al igual que el llamado “Gigante de Escamela”, los sacrificios de prisioneros de guerra en honor a Xipe Tótec que tenían lugar durante la veintena de *tlacaxipebualiztli*. Éste y otros monumentos, nos dice, proclamaban la amenaza del imperio mexicana contra sus enemigos, siendo el de Amecameca un recurso esgrimido para atemorizar a los chalcas. En fechas recientes, Stanislaw Iwaniszewski ha desestimado las propuestas de orientación de Palacios, Séjourné y Maupomé. Desde su punto de vista, la cara oriental de la roca marca los amaneceres del 4 de marzo y el 9 de octubre, días que ayudan a dividir el año de 365 días en cinco partes iguales, cada una compuesta por un intervalo de 73 días. El arqueoastrónomo polaco juzga que mientras la franja calendárica pertenece al estilo mixteca-poblano, el personaje con el sahumador, el conejo y el mono son formalmente diferentes y que por ello pudieran remontarse a tiempos teotihuacanos. Estos glifos y el marcador hallado por Maupomé, argumenta, nos informarían que el paraje era destinado en el Clásico a cálculos calendárico-astronómicos asociados con rituales de adivinación relativos a la fertilidad y la tierra; muchos siglos después, en el Posclásico Tardío, se habría añadido al monumento la banda glífica “aludiendo a los mitos de origen”.

UN MEMORIAL DE MOTECUHZOMA II

Quisiera terminar este breve artículo recordando una hipótesis que el arqueólogo Noel Morelos y yo formulamos en el verano de 1987, cuando Jeffrey R. Parsons nos llevó por la región para visitar sus vestigios arqueológicos más notables. El estudio que entonces emprendimos nos hizo concluir que el monumento de Amecameca es en realidad un memorial que da fe del ascenso al poder de Motecuhzoma II (1502-1520 d.C.), propuesta que seguimos defendiendo y que, por cierto, no excluye posibles funciones astronómicas de la roca. Desde tal perspectiva, la fecha *10 tochtli* equivaldría a 1502 d.C., año en que según la mayoría de las fuentes históricas muere Ahuítzotl y es relevado en el trono de Tenochtitlan por Motecuhzoma II. Aquí resulta reveladora la presencia en el monumento de la trecena que comienza con el día *1 cipactli*: para los antiguos nahuas esta trecena indicaba el inicio del tiempo, del *tonalpohualli* y del ciclo de 52 años; además, se vinculaba simbólicamente con los orígenes míticos y, por si fuera poco, se ligaba en forma clara al poder político. A este último respecto, fray Bernardino de Sahagún refiere que quien nacía en ella: “si era [hijo] de principal sería señor o senador, y rico, y si era hijo de baja suerte y padres pobres, sería valiente y honrado y acatado de todos, y tendría qué comer”. Aún más interesante es que, de acuerdo con fray Diego Durán, las fiestas de coronación se celebraban sin excepción en esta trecena. En su *Historia*, el dominico afirma que “el día que ellos llaman Cipactli, que era el primero del mes... se coronaban siempre los reyes...”. En otro pasaje nos cuenta que los dos Motecuhzoma fueron “jurados” en “el día de ce Cipactli”. No es casual, por tanto, que en los famosos memoriales esculpidos en las peñas de Chapultepec se encuentre la efigie de Motecuhzoma II junto a un *1 cipactli*, fecha que también está presente en otros monumentos relacionados con este rey, como la Caja de Hackmack del Museo Etnográfico de Hamburgo o la “Piedra de los Cinco Soles” del Chicago Art Institute. Vale decir que mientras el texcocano Fernando Alva Ixtlilxóchitl registra también el *1 cipactli* como el día de la coronación de Motecuhzoma II, el tenochca Hernando Alvarado Tezozó-



Dibujo del arqueólogo Noel Morelos García que muestra el primer grupo de figuras talladas en bajo-relieve. Se trata de una banda glífica con 13 cartuchos rectangulares que enmarcan los días de la primera trecena del *tonalpohualli*.



Segundo grupo de bajorrelieves dibujado por Morelos García. Está integrado por las efigies de un hombre, un brasero, un mono y una fecha 10 tochtli.

noc apunta que esta ceremonia tuvo lugar en un 9 *máztli*. Tal discrepancia, empero, pudiera deberse al uso de diversos calendarios en la Cuenca de México o a que los mexicas llevaban a cabo dos ceremonias inaugurales consecutivas: una de elección y otra de coronación. En ambas ceremonias, hay que subrayarlo, el nuevo soberano hacía penitencias y quemaba copal en un sahumador como el esculpido en el monumento de Amecameca. Durán vuelve a arrojar luz al indicar que Motecuhzoma II, una vez coronado, “se levantó y tomó el incensario que está junto al brase-

ro, y el incienso, y empezó a incensar a los dioses, andando a la redonda del brasero, y el particular, al dios del fuego”.

A partir de lo anterior, inferimos que el personaje representado en el monumento de Amecameca es precisamente Motecuhzoma II en la ceremonia de investidura del día 1 *cipactli* del año 10 *tochtli*. Si tomamos como válida la correlación de Alfonso Caso, esto correspondería ya al 10 de febrero de 1502, ya al 28 de octubre de ese mismo año. Finalmente, pudiéramos especular que los relieves alusivos a dicha ceremonia habrían sido esculpidos por un artista no muy dies-

tro cuando Motecuhzoma y sus huestes, tras sus conquistas inaugurales en Nopallan e Icpatepec, atravesaron victoriosos el corredor Chalco-Amecameca con rumbo a Tenochtitlan. Éste sería un caso similar al de los relieves de Cuernavaca, mandados tallar por Axayácatl en 1469 cuando regresaba triunfal de su conquista inaugural en Tehuantepec. ☼

Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Universidad de París X-Nanterre. Investigador del Museo del Templo Mayor y director del Proyecto Templo Mayor, INAH. Prepara con Eduardo Matos Moctezuma el libro *Escultura monumental mexicana*.



Memorial a Motecuhzoma II en el que se ve la efigie del soberano junto a una fecha 1 *cipactli*, alusiva a su ascenso al trono de Tenochtitlan.

PARA LEER MÁS...

IWANISZEWSKI, Stanislaw, “La interpretación arqueoastronómica de la ‘Piedra del Gigante’ de Orizaba y de la ‘Piedra Semilla’ (‘Relieve Solsticial’) de Tomacoco”, en J. Lull (ed.), *Trabajos de arqueoastronomía: ejemplos de África, América, Europa y Oceanía*, Agrupación Astronómica de la Safor, Gandía, 2006, pp. 143-159.

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, y Noel Morelos García, “Los petroglifos de Amecameca: un monumento dedicado a la elección de Motecuhzoma Xocoyotzin”, en *Anales de Antropología*, vol. XXVI, 1989, pp. 127-156.

MAUPOMÉ, Lucrecia, “Un petroglifo astronómico calendárico descubierto en las cercanías de Amecameca”, en *Anuario del Observatorio Astronómico Nacional*, 1987, pp. 157-165.

MORANTE LÓPEZ, Rubén B., “Las piedras de Xipe y las amenazas del imperio”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 32, 2001, pp. 15-28.

PARSONS, Jeffrey R., et al., *Prehispanic Settlement Patterns in the Southern Valley of Mexico. The Chalco-Xochimilco Region*, University of Michigan, Ann Arbor, 1982.

SÉJOURNÉ, Laurette, *El pensamiento náhuatl cifrado por los calendarios*, Siglo XXI, México, 1981.